Ella le ve, y le dice con voz triste y confiada:

—«Mi sepulcro, serafin, está frio y solitario.»

Y el serafin contesta:

—«Frio está tambien y solitario el sepulcro que muy luego recibirá el cuerpo del Redentor divino.»

—«¡Ah! Angel del Cielo! ¡cuánto ha debido sufrir el crucificado cuyos restos sagrados va á recibir la roca del Gólgota! Pero ¡qué inmensos son los beneficios de la redencion! Yo tambien debo renacer aquí, donde mis huesos están ya convertidos en cenizas.»

Su voz hace aun vibrar el aire, y de la bóveda de su sepulcro se desprende una especie de polvo ligero y diáfano, como el rocío que cubre de transparentes perlas el boton de la rosa y su tiernas hojas.

En pié en medio de esta radiante nube, que sube, desciende, sube otra vez y cambia á cada instante de formas y matices, Raquel la sigue con la vista en un mudo arrobamiento. Su pensamiento admira los misterios de la naturaleza, tan impenetrables en sus grandes fenómenos como en sus imperceptibles maravillas; pero está lejos de adivinar el lazo que la identifica á este brillante vapor, y sin embargo lo contempla con una alegría creciente.

Su ángel custodio la mira y se sonrie dulcemente. Una voz desciende del trono del Eterno, y Raquel siente disolverse su ser en un manantial de deliciosas lágrimas, que brota en el fondo de un valle embalsamado, quedando luego como suspendida sobre un risueño paisaje. De repente le parece que se duerme á la fresca sombra de un florido bosque, y que la voz de un inmortal la despierta. Y se mira, y se interroga, y reconoce en fin que está resucitada. La materia que habia dejado en el polvo ha venido á ser un cuerpo celestial, al que su alma esta unida para siempre.

Con los ojos fijos en el Cielo, expresa así luego su júbilo y su gratitud:

—«¡Salvador del mundo! ¡mi hermano, mi Señor, mi Dios! Tu nombre será siempre el primero que pronuncien mis lábios inmortales: después pronunciaré los vuestros, amados mios. Israel, José, Benjamin, ¿dónde estan? ¿dónde podré yo encontrarlos? Serafin, condúceme cerca de ellos; mi alma tiene sed de la felicidad de verlos: con ellos quiero yo glorificar al Dios que nos ha resucitado.»

Israel, Lia y sus hijos, y el amable Benjamin llegan de las regiones egipcias: solo José no aparece; pues su alma no ha abandonado aun el sepulcro de Sichem (1).

En este dia solemne, la muerte ha herido á Samed, uno de los niños que Jesús habia tomado en sus brazos, exhortando el pueblo á imitar la inocencia y candor de la infancia. Guiado por su ángel custodio, atraviesa el verde valle de Amon, y pasa junto á la piedra que cubre las cenizas de José. Allí ve un alma cuyo esplendor le deslumbra, y dice á su ángel custodio:

—«Mi celestial amigo, dime el nombre de esa alma, que inspira tanto amor como respeto.»

El alma de José responde al punto:

—«¡Preguntas quien soy, amable flor, tú que desde ahora te desarrollarás á la sombra del árbol de la vida, á orillas del torrente de ondas de oro! ¡Ah! durante mi permanencia en esta tierra que acabas de abandonar, era yo al principio un niño feliz; pero muy luego el ódio y la envidia me per-

(1) José murió en Egipto, y recomendó á los suyos que trasladaran sus huesos á la tierra de Canaan; porque preveia que Dios llamaria allí á su pueblo. A la salida de Egipto bajo la conducta de Moisés, los israelitas tuvieron cuidado de llevar consigo los restos de José, y cuando fueron dueños de la tierra de Canaan, estos restos fueron depositados en el valle de Sichem, uno de los más fértiles de la Palestina.

siguieron. Tras rudas pruebas, llegué á la mayor fortuna que puede desear un mortal. Yo llegué á ser el apoyo, el protector de un pueblo desgraciado y el amparo de mi padre y hermanos. Jóven fugitivo de la vida terrestre, ¿reconoces ahora al hijo de Jacob y de Raquel?»

—«Sí, exclama Samed; tú eres el célebre José, cuya maravillosa historia me ha sido contada muchas veces con lágrimas de ternura por mi muy amado padre. Dígnate templar tu esplendor, y me atreveré á hablarte para decirte, que por hallarme cerca tí me someteria gustoso otra vez á las augustias que he sufrido, cuando el amor de una vida apenas comenzada luchaba contra la mano fria é inflexible que ha cogido este entreabierto capullo. Terrible fué el dolor que sufrí en tan supremo momento: yo creí aniquilarme para siempre, y cuando me desperté de aquel sombrío sueño de destruccion, mi ángel custodio se vió obligado á repetirme muchas veces que vivia. El temor de la nada habia entorpecido mi alma.»

—«¡Cuán envidiable es tu precoz felicidad! exclama José: apenas has conocido los padecimientos de la vida terrenal, y ya eres llamado á participar de las alegrías de los bienaventurados que se elevan más que yo en los gerárquicos grados de las beatitudes celestiales.»

Deslumbrado por el vivo esplendor con que resplandece José, Samed le suplica de nuevo que temple su brillantez.

El hijo de Raquel se sonrie con tierna benevolencia y dice:

—«Tranquilízate: desembarazada de su envoltura mortal, el alma se amolda pronto á la magnificencia de los Cielos. No tardarás en ver á Abraham; la hora de las sublimes enseñanzas ha sonado para tí.»

—«Enséñame, pues, responde Samed: puedes hacerlo; pues has conocido en la Tierra las emociones que el Eterno reserva á sus escogidos. ¿No fué una de esas emociones la que te impidió contenerte por más tiempo ante tus asombrados hermanos, cuando les gritaste:—¡Yo soy José! ¿Vive mi padre aun? Si vive, decidle cuál es mi gloria y mi poder en Egipto?...Dime qué sentiste cuando más tarde, estrechando al jóven Benjamin en tus brazos, te dijeron tus hermanos que tu padre lo sabia todo ya; que al principio no habia querido creer tanta dicha, pero que viendo luego los carros de Faraon cargados de presentes tuyos, habia exclamado:—Sí, mi hijo vive; iré cerca de mi hijo, pues quiero verle antes de morir... Y cuando las lágrimas de tu padre se mezclaron con las tuyas, cuando le oiste decir: Ahora ya puedo morir, porque te he visto,—dime, ¿qué sentiste entonces, José? ¿Tienen los Cielos felicidades más dulces?»

José tiende los brazos á Samed, desde ahora su hermano, porque es inocente y sencillo como Benjamin; y los dos permanecen abrazados mucho tiempo.

El hijo de Raquel toma en fin la palabra, y dice:

—«No me preguntes ¡oh jóven Samed! lo que yo sentí durante las dichosas horas de que acabas de hablar. Al recordármelas, has aprendido á apreciarlas. ¿Qué digo? Tú me has devuelto la fuerza de ofrecer al Eterno acciones de gracias más vivas y puras que todas las que le enviaba mi pensamiento durante mi paso por la Tierra.»

—«Permíteme ¡oh José! unir al tuyo mi ruego, y dígnate decirme por qué te detienes aquí junto á este sepulcro.»

José se vuelve hácia el ángel, y le pregunta si el niño está enterado de la muerte de Jesús; y Samed se anticipa á contestar que conoce en efecto esta muerte divina.

—«Entonces, dice José, sabrás tambien que hemos recibido la órden de bajar otra vez á nuestros sepulcros, nosotros todos que hemos asistido á su agonía y recogido su último suspiro.»

—«Lo ignoraba, contesta Samed, porque no me es permitido aun detener mi pensamiento en el misterio de la redencion: más tarde acaso podré rogarte que me instruyas sobre ella. Ven, dejemos este sepulcro: ¿qué interés puede retenerte aquí?»

—«Este sepulcro, amado niño, es el mio. El Redentor nos ha ordenado volver á los lugares en que yacen nuestros huesos.»

—«Prudente José, y tú, mi ángel custodio, explicadme el sentido de esa órden, que no alcanza á comprender mi inteligencia.»

El serafin se sonrie, y José contesta:

—«El Mesías ha querido sin duda precisarnos á meditar sobre la inmensidad de su beneficio en medio de los dispersos despojos de nuestro vaso mortal... Su muerte en la cruz nos autoriza á esperar que, el dia del último juicio, saldremos todos del polvo para entrar en la vida eterna.»

—«¡Ah! exclama el niño: si mi padre pudiera traer mis frios restos cerca de los tuyos, yo me despertaria á tu lado. Condúceme á tu sepulcro... A orillas del rio de Faraon, los hijos de Israel perfumaron cuidadosamente tu sudario y embalsamaron tu cuerpo: su polvo no ha podido confundirse con el de la Tierra, y acaso en él encontremos el gérmen de su futura resurreccion.»

Dice, y los tres entran bajo la bóveda sepulcral.

Al llegar al sitio más tenebroso, se detiene el ángel como absorto en la espera de una felicidad prometida.

—«Divino serafin, le dice José: tu pensamiento celebra

sin duda al Hombre-Dios, que muy en breve se despertará del sueño de la muerte.»

El ángel le mira con inefable expresion, y contesta:

—«Si cavando un suelo rejuvenecido por la Privamera, vieses nacer continuamente bajo tus piés flores nuevas, mientras que la que tú prefieres durmiera aun en el seno de ese encantado suelo, ¿no esperarias con inquieta alegría el instante en que debe aparecer á su vez?»

—«Y ¿cuál es esa flor que anhela tu deseo?» pregunta José.

—«Mira: tú, que eres inmortal, aunque todavía estés muerto, mira.»

Y pronunciando estas palabras, el ángel se eleva hácia la bóveda del sepulcro.

Una ligera nube de polvo sube detrás de él, y desciende al punto; pero bajo las alas del serafin, algunos átomos este polvo giran, se elevan, descienden, vuelven á elevarse, se tiñen de mil matices, y brillan con esplendor sobrenatural.

—«Acércate, bienaventurado José, añade el ángel; contempla este polvo sometido al trabajo de la creacion. ¿Ves nacer, agrandarse, brillar los primeros rayos de la vida eterna?»

Un hálito divino recorre el sepulcro, agita la dorada cabellera de Samed, precede y sigue al hijo de Raquel, y el hijo de Raquel, impelido por una fuerza irresistible, se acerca á sus despojos mortales, de que se eleva la columna de polvo resplandeciente, cuyos brillantes átomos lo ocultan aun á la vista del serafin.

En su rapidez misteriosa, la nueva creacion se ha anticipado al pensamiento de los dos testigos de esta obra sublime, que la ven realizada... El polvo se ha transfor-

mado, y José, resucitado, exclama con un santo arrobamiento:

—«Angel de la alianza, tú hiciste salir de la enemiga tierra de Egipto al pueblo de Dios; tú le guiaste de dia con una nube protectora, y de noche con una columna de fuego; tú separaste las aguas del mar para asegurarle paso facil, y dejaste caer las amontonadas olas sobre Faraon con sus guerreros y carros; pero una obra más grande, más maravillosa, acaba de consumarse: la muerte está vencida. Israel ha vuelto al valle de Efron (1); Israel, Raquel y tú tambien, Abraham.

Dice, y se lanza fuera del sepulcro.

El serafin y Samed siguen de lejos su rápido vuelo.

Al llegar á los bosques sagrados de Mambré, desciende José en medio de la santa reunion de sus padres y hermanos, resucitados todos como él.

Si yo hubiera oido murmurar las arpas celestiales y tuviera fuerzas para repetir sus melodiosos acordes, acaso pudiera describir el arrobamiento de los padres y hermanos, el dulce éxtasis de la madre á la vista de su hijo mayor (2) brillando con todo el esplendor de su gloria inmortal.

Los hermanos de José dejaron en la Tierra el sentimiento de envidia que los extraviara un momento; y con una satisfaccion santa y pura se inclinan ahora ante él, adorando al Dios que recompensa á los mortales dignos de sus beneficios.

En otro tiempo un caminante extranjero pasó cerca de la fuente de Fiala, donde vió á un anciano tendido sin movi-

(1) Nombre bajo el cual se designa con frecuencia en la Biblia la llanura de Hebron ó de Mambré, porque el propietario del campo y de la caverna que Abraham compró para enterrar á Sara se llamaba Efron.

(2) Todos saben que José era el primer hijo de Raquel.

miento y sin vida: era el Rey, el gran sacerdote de Salem, el virtuoso Melchisedech (1), que no habia encontrado una mano amiga que diera sepultura á sus despojos mortales. El viajero le prestó este piadoso servicio; pero no fué solamente por una simple compasion, ni tampoco por humanidad: un sentimiento de respeto y admiracion le hizo considerarlo como un deber. Habia encontrado al ilustre anciano con las manos juntas y el rostro contra la tierra. Después de haberle contemplado largo tiempo en silencio, el extranjero levantó las manos al Cielo; tomó luego en sus brazos el helado cuerpo de Melchisedech, lo depositó en la fosa que para él habia cavado, y no se alejo de esta fosa hasta haber llamado sobre ella todas las bendiciones del Cielo.

Por encima de este sepulcro, debido á la piedad de un desconocido, se posa en este momento el alma del gran sacerdote rey. En el murmullo del Jordan naciente, que sale de la fuente de Fiala y serpea entre el blando musgo, el alma de Melchisedech cree reconocer la voz del Eterno, cuando pasa por Jerusalem con el rumor del torrente de las aguas de oro y el ruido del follaje del árbol de la vida.

En medio este éxtasis dulce y tranquilo, el Rey gran sacerdote siente que la Tierra y el Cielo se escapan á su pensamiento, y que Dios únicamente lo llena por completo. El polvo de sus huesos se levanta, y brilla arremolinándose á su alrededor. El ilustre muerto acaba de transformarse: ¡ha resucitado!...

Prostérnase luego, y ora en silencio: sus lágrimas de santo júbilo, sus manos juntas y elevadas al Cielo glorifican á Jesús, el Salvador del mundo, de quien fué el símbolo y el mensajero á su paso por la Tierra.

(1) Vease lo que sobre este rey sacerdote se ha dicho en la nota del CANTO X.

Ananías, Misael y Azarías (1), los tres adolescentes de Israel reconocidos intachábles, habian abierto su sepulcro en una roca del llano de Dura (2), lugar célebre, donde todos los pueblos, todas las naciones se habian prosternado ante la estátua de oro, al son de los clarines, trompetas y salterios.

No lejos del sepulcro de los tres héroes yacen las ruinas del ídolo que habian rehusado adorar. El rey á quien el Eterno hizo descender del trono de Babilonia hasta la abyeccion del bruto, habia hecho erigir este ídolo, imágen suya gigantesca y brillante, tal como se le habia aparecido en un sueño engañoso. En esta llanura inmensa se ven aun esparcidas las ruinas de los reinos destruidos, cuyo símbolo profético era la estatua derribada.

Misael y Ananías sepultaron por sí mismos á Azarías, su amado hermano, y el pensamiento consolador de la resurreccion triunfó de sus pesares. Muy luego Ananías fué á su vez depositado en el sepulcro por Misael, que quedó el último; pero ya sentia la muerte en su corazon. La esperanza de unirse á sus hermanos sostuvo su valor, y esta esperanza se realizó.

(1) Nabucodonosor, después de haber sometido al pueblo de Israel, le pidió muchos jóvenes *sin defectos y llenos de ciencia* para colocarlos en su corte, y se le enviaron estos tres, más conocidos con los nombres de Sadrach, Misach y Abed-Nego, que les dió el capitan de los eunucos, á cuyas órdenes fueron colocados. Rehusando los manjares impuros de la mesa real, los tres jóvenes solo se mantenian con legumbres, sin beber otra cosa que agua, lo que no impedia que estuvieran muy buenos con gran sorpresa de la corte. Cuando Nabucodonosor obligó á los pueblos que habia vencido á adorar su estátua de oro, los tres jóvenes se resistieron á seguir este ejemplo; y en castigo fueron arrojados á un horno encendido, del que salieron sanos y salvos. El Rey reconoció por este milagro que el Dios de ellos era el verdadero Dios, y les confió los primeros puestos del Estado.—*Véase el cap. III de Daniel.*

(2) Nombre que los libros santos dan á la llanura en que fué Babilonia. Allí tambien hizo adorar su estatua Nabucodonosor. Todo el pasaje siguiente es una imitacion del capítulo III de Daniel, donde este profeta describe la pompa con que la estatua de oro del Rey se ofreció á la adoracion del pueblo.

Ahora su inquieta mirada busca sus despojos mortales en el polvo del sepulcro, pero en vano. Y sin embargo, se cierne sobre él en alegre espectacion, y su trémula voz de ventura ya desciende á las cenizas de sus hermanos, ya se eleva á los Cielos. Esta voz es un canto solemne: la palabra de los inmortales, cuando expresa sus sensaciones, es siempre un himno celestial.

Ananías y Azarías oyen el canto de su hermano, no con oidos mortales, sino con esa maravillosa intuicion que hace distinguir á los habitantes de los Cielos la voz del Eterno del ruido de los mundos que ruedan en lo infinito.

—«Mis amados hermanos, saldreis de vuestro helado y frio sepulcro. El polvo de los hijos de Adam, dispersado por la destruccion, se pierde bajo los piés del viajero, rueda con las olas del Océano, y brilla en los rayos del Sol. Pero quien creó ese polvo para que sirviera de envoltura al alma humana, emanada de su divino aliento, sabrá reunirlo é imponerle una vida nueva. El Omnipotente tomó un poco de tierra y le dijo:—¡Sé hombre!—Y la tierra, estremeciéndose, obedeció. Ahora tomará el polvo descompuesto, y le dirá:—¡Vive!—Y el polvo vivirá de nuevo. El mar y los rios mugirán, bramará la tempestad y temblará la Tierra, ocultándose los Cielos bajo sombrios velos; y el sonido de la trompeta, más fuerte que el tumulto de la creacion trastornada, llamará á los muertos, y se levantarán todos los que duermen en los sombrios y helados sepulcros.»

Así canta Misael. Su voz es cada vez más dulce y armoniosa. Luego se transforma, resucita, y sus dos hermanos resucitan con él.

En otro tiempo descendieron á la llanura los caldeos, ligeros como el leopardo, ávidos como el águila cuando caen sobre su presa. Sus intrépidos ginetes cogieron cautivos numerosos como las arenas de la playa, se burlaron de los príncipes, insultaron á los reyes; y su jefe, sediento de sangre, insaciable de matanza, se embriagó en la copa que el Dios vengador habia llenado para él. Y este Dios vengador descendió del Paran (1) en todo el esplendor de su magnificencia; la peste y el hambre iban delante de él, pero les habia demarcado el país y el punto en que debian detenerse. Cuando el Señor pasó, las colinas se inclinaron, los montes se estremecieron de espanto, los torrentes aceleraron su curso, los abismos se hundieron más en las profundidades de la creacion, los Cielos se elevaron más en los campos de lo infinito, el Sol interrumpió su marcha, y la Luna quedó inmóvil (2).

El profeta (3) que, en sus sueños de inspirado, le vió pasar así, el vengador de Judá, el exterminador de los enemigos de su pueblo, sale de su sepulcro, conducido de la mano por quien habia abierto sus ojos y su alma á las visiones celestiales. El resucitado reconoce esta mano y la celebra con el siguiente himno, que canta al dulce son de su tímida arpa:

—«La higuera y la alegre vid han recobrado su verdura, y vuelven á dar fruto; las plantas todas de los valles florecen á la sombra del olivo (1). Una rica miés se prepara sobre la Tierra; pero es más bella aun la miés de la eternidad. Gritos de alegria pueblan las regiones de la muerte, y los Cielos celebran la gloria del Dios de la misericordia, pues se digna acordarse de nosotros después de habernos hecho apurar hasta las heces el caliz de la vida de las pruebas. ¡Yo me recogijo en tí, fuente de salud eterna!»

(1) Nombre bajo el cual se designa en la Biblia el monte Atlas.

(2) Imitacion del libro de Habacuc, octavo de los doce profetas menores, que vivió 689 años antes de Jesu-Cristo. Este libro, el único que nos queda de los escritos de Habacuc, está considerado como un himno profético, que predice todas las calamidades con que los caldeos abrumarian á los pueblos de Israel. No debe confundirse este profeta con otro Habacuc, que fué arrebatado por un ángel para llevar de comer á Daniel en el foso de los leones.

(3) Habacuc.

Tal como el relámpago que, rasgando de repente las sombrias nubes del Cielo, proclama con la voz del trueno que le sigue la omnipotencia del Eterno; así Isaias rasga las tinieblas de la muerte, se levanta por encima del sepulcro, y canta la gloria del Dios que acaba de crearle por segunda vez.

¡Babilonia, gran ciudad del orgullo y de las calamidades! por tí creyó Nabucodonosor eternizar su gloria y su poder; pero en medio de tus soberbios muros, una voz se hizo oir, diciendo al más grande de tus reyes:

«¡Te se va á despojar de tu reino! ¡Vas á ser arrojado de entre los hombres, y descenderás con las bestias del campo (2).»

Y lo que la voz predijo se cumplió; y la ciudad del orgullo y las calamidades no es ya más que un desierto inmenso (3). Aquí reposan las cenizas del profeta, á quien Dios habia

(1) Sin dejar de imitar el libro de Habacuc, Klopstock cambia aqui su sentido: en efecto, el profeta dice que no reverdecerán ya la higuera ni el olivo, y que las plantas se secarán. Este lenguaje no hubiera sido conveniente en boca de un resucitado.

(2) El profeta Daniel dirigió estas palabras de amenaza á Nabucodonosor que le habia llamado para que interpretara su sueño.—*Daniel, cap. VI.*

(3) La época de la ruina de Babilonia y el sitio en que estuvo edificada son hoy objeto de discusion entre los sabios. Es cierto, sin embargo, que no existia ya al principio de la era cristiana. Klopstock, pues, ha podido, sin anacronismo, reducir á Daniel á buscar su sepultura en el lugar desierto en que se alzaba Babilonia. Segun la opinion más comun, este lugar se encontraba entre el

permitido ver tan adelante en el libro del porvenir (1). Guiado por su ángel custodio, busca su sepulcro en esta region devastada, donde no se oye otro ruido que el siniesto grito del pájaro nocturno, y el silbido del dragon alado; donde la vista busca en vano vestigios de habitacion humana. La tierra se ha amontonado sobre las ruinas de templos y palacios, y esta tierra maldita inspira tanto horror, que el árabe intrépido y nómada no arma aquí nunca su tienda, y hasta el esclavo rehusa cultivarla.

En medio de un agua estancada y de un cerco de juncos que se doblan tristemente al soplo de un aire húmedo y pesado, el ángel de Daniel ve una piedra cubierta de musgo, y el alma del profeta reconoce el monumento que ha tantos siglos pesa sobre sus restos mortales.

A su vista, las víctimas sepultadas para siempre en este campo de destruccion pasan por su pensamiento como sombras tristes y lamentosas, y cree oir el murmullo protector del árbol grande, á cuya sombra podía reposar todo el que estaba fatigado; pero se estremece á la voz de lo alto que dice: *¡Cortad el árbol!* Sin embargo, recuerda al punto que el árbol aprendió á respetar á su Señor celestial, que halló gracia ante él, y el alma del profeta se rego-

Eufrates y el Tigris, á unas 30 leguas de Hilla, ciudad bastante considerable de la Turquía Asiática. En esta misma planicie se ve una gran torre en ruinas, que se cree sean restos de la célebre torre de Babel.

(1) Alusion al sueño de Nabucodonosor, que ni adivinos ni astrólogos pudieron explicar. Solo Daniel comprendió su verdadero sentido, y osó declarárselo al poderoso Rey. Ya se sabe que Nabucodonosor habia visto en su sueño un árbol que llegó á crecer tanto, que tocaba al Cielo con su copa, y cuyas ramas, que cubrian toda la Tierra, servian de abrigo á las aves, mientras que los demás animales vivian á su sombra. Pero una voz de lo alto mandó cortar el árbol, dejando en la Tierra sus raices y dándoles un corazon de *bestia*. Entonces Daniel dijo que este árbol era el mismo Rey, que iba á descender al nivel de los brutos, lo que así sucedió.—*Daniel, cap. IV.*

cija (1). Muy luego se contrista otra vez, porque el hijo del árbol orgulloso (2) no quiso aprender que Dios es el Señor de las naciones y reinos, y que él dispone de los reyes; y una mano misteriosa trazó en la pared que alumbraban las lamparas de oro del festin esta terrible sentencia: «*Los dias de tu poder están contados. Mira: el juez te ha pesado en su balanza, y te ha encontrado falto; tu imperio será dividido y entregado á los persas y á los medos.*»

Las sombras del monarca impio y orgulloso y de los convidados que entraron en su castigo pasan rápidamente ante el alma del profeta; porque ha llegado el momento marcado para su resurreccion á la vida eterna.

Semejante á la estrella de la tarde, cuando brilla sola aun en la azulada bóveda, Daniel resucitado se cierne sobre el desierto en que fué Babilonia, y deja caer los rayos de su inmortalidad sobre este gran sepulcro de las grandezas humanas.

El tierno hijo de Helcia (3) sólo habia sembrado lágrimas y suspiros durante su peregrinacion por la Tierra. La hora de la resurreccion acaba de sonar para él: sale del sepulcro, se siente inmortal, y recibe en fin las indecibles alegrias de los escogidos.

A pesar de la sencillez de su espíritu, el pastor de

(1) Habiendo reconocido la omnipotencia del Eterno, Nabucodonosor volvió á ser hombre y á sentarse en su trono.

(2) Klopstock designa bajo este nombre á Baltasar, hijo de Nabucodonosor. La impiedad de este príncipe, su celebre festin, durante el cual una mano invisible escribió su sentencia en la pared, son cosas demasiado conocidas para que sea necesario recordarlas aquí.

(3) Jeremías, hijo del sacerdote Helcia: vivió por los años 629 antes de J.-C.; predijo todas las calamidades que habian de caer sobre los Israelitas en castigo de sus impiedades.